

HAITIAN RESOURCE DEVELOPMENT FOUNDATION
Willingness, Know-How, Resources

Weston, Florida, Port-au-Prince and Aquin, Haiti
Aldy Castor, M.D., President aldyc@att.net
954.873.0064, 509.3.685.1931



The Haitian Resource Development Foundation <hrdf.org>, is a 501(c)3 non-profit organization established in 1987. It has US Tax No. 72-1074482 and is also registered with the Government of Haiti as a non-profit, No. MPCEFP/1993/94/17, and with the Ministry of Planning and External Cooperation as No. B-0167. HRDF's mission is to initiate and support projects that develop Haiti's resources through programs in the fields of health care, education, scientific research, arts and culture and economy.

"FROM THE MOUNTAINS TO THE SEA"
From Charity to Development



Regreso a mi Alma Mater: un MexHaitians en México

Después de décadas de carreras dispersas por todo el mundo, particularmente en los Estados Unidos, el grupo de los MexHaitians revivió un momento excepcional: su tercera reunión anual en la vibrante Ciudad de México. Fue un verdadero peregrinaje para estos ex estudiantes haitianos que, en su juventud, recorrieron los pasillos de las universidades mexicanas, forjaron amistades duraderas y descubrieron un país que se convirtió en su segunda patria. Este viaje fue mucho más que una simple reunión; fue una oportunidad para reconectar con los recuerdos del pasado, rememorar los años de despreocupación y aprendizaje, y revivir, aunque fuera por unos días, la complicidad y la energía de su juventud.

Este grupo heterogéneo de profesionales experimentados, algunos jóvenes de entonces y otros de ahora, hoy expertos en diversos campos gracias a su formación académica en México, está impulsado por un profundo sentimiento de gratitud y pertenencia. Los MexHaitians comparten mucho más que títulos; están unidos por una experiencia común que ha moldeado sus trayectorias personales y profesionales, vinculados por lazos culturales, emocionales y académicos. Estos embajadores de la amistad haitiano-mexicana también tienen la ambición de convertirse en agentes de cambio. ¿Su objetivo? Poner su experiencia al servicio de los programas humanitarios de México en Haití, en particular en los sectores de la salud y la agricultura, con el fin de fortalecer los vínculos entre sus dos naciones adoptivas.

En 1966, la vida estudiantil de los haitianos en México se desenvolvía entre la rigurosidad académica y los placeres despreocupados de la juventud. Las mañanas comenzaban en una carrera frenética para llegar a tiempo a las clases de disección. El profesor Hernández, conocido por su inflexible puntualidad, cerraba la puerta a las 7:00 en punto. Cualquiera que llegara tarde, incluso por unos segundos, podía despedirse de su futuro en la disección. Con mi cadáver de disección apodado "Pepe", cada mañana era una verdadera carrera contra el reloj. Llegar tarde a cuatro clases significaba el fracaso asegurado, una perspectiva más aterradora que memorizar una caja craneal.

Pero una vez cerrados los libros y guardadas las herramientas de disección, las actividades tomaban un giro completamente diferente. Los sábados por la noche, los estudiantes haitianos se reunían para disfrutar de noches de baile en la Colonia Narvarte, donde intentaban conquistar a las encantadoras chicas del barrio. Era un delicado equilibrio entre las clases de embriología, disección, anatomía, bioquímica y los pasos de mambo y compás directo.

En esa época, la Ciudad de México era conocida como "el paraíso de las flores, los corazones y el amor". Con solo 7 millones de habitantes, ofrecía un entorno idílico, entre sus avenidas arboladas, parques floreados y una atmósfera tranquila. Los paseos por Insurgentes, Xola o Reforma parecían más excursiones campestres que

cruzar grandes arterias urbanas. Hoy en día, la capital mexicana, con más de 22 millones de habitantes, se ha convertido en una vibrante y efervescente megalópolis, donde el caos y el ruido han reemplazado la calma de antaño. Para mí, que regreso después de tantos años, la transformación es asombrosa. Sin embargo, en medio de este torbellino urbano, aún quedan algunos rincones que evocan la ciudad romántica y bucólica de los años 60, como un eco lejano de una época pasada. Algunas cosas, como la riqueza cultural, la calidez humana y el inquebrantable orgullo de los mexicanos por su historia, permanecen inmutables.

Revisitar mi facultad de medicina de la UNAM fue un verdadero viaje en el tiempo, ¡un salto de rana directamente de los años 1960 al siglo XXI! En mi época, las paredes estaban decoradas con carteles pedagógicos amarillentos por el tiempo. Las diapositivas, herramientas de alta tecnología en su tiempo, se proyectaban en una pantalla con un ruidoso retroproyector. El profesor, mitad docente, mitad prestidigitador, manejaba esas valiosas diapositivas de plástico mientras esbozaba esquemas con tiza en pizarras negras, levantando inevitablemente la tradicional nube de polvo. Hoy, al entrar en una de estas nuevas aulas de alta tecnología, tuve la sensación de aterrizar en un episodio de "Star Trek". Las pizarras interactivas han reemplazado a las viejas pizarras negras, y los estudiantes tecleaban frenéticamente en sus teclados. ¡Casi pregunté dónde estaban los retroproyectores y las buenas viejas tizas!

Me sentí un poco como un dinosaurio perdido en un parque tecnológico. La realidad pronto me alcanzó cuando un joven estudiante, que podría tener la edad de mi nieto, me pidió que le contara mis experiencias. Al ver su rostro lleno de curiosidad y entusiasmo, comprendí que, aunque las herramientas y los métodos han evolucionado, la esencia del aprendizaje sigue siendo la misma: una búsqueda apasionada de conocimiento, ya sea con tiza o teclado.

Los profesores, algunos mucho más jóvenes que mis primeros cabellos grises, manejaban estos artilugios digitales con una facilidad desconcertante. Me dije que si hubiera tenido una computadora en los años 60, ciertamente habría evitado muchas noches en vela escribiendo mis notas en mi fiel máquina de escribir, una Olivetti, rezando por no cometer errores. Y ya que estamos en eso, recuerdo a Coni, mi novia que se jactaba de ser una verdadera pionera en tecnología. Trabajaba como especialista en "tarjetas perforadas" en el Seguro Social, insertando esas famosas tarjetas en un monstruoso ordenador que, en 1967, representaba el futuro. Esta máquina, el verdadero antepasado de los teléfonos inteligentes, ocupaba una habitación entera y requería casi un ejército para manejarla. ¡Ah, cuántos progresos hemos hecho!

Durante nuestra visita a la facultad de arquitectura de la UNAM, se desató una animada discusión con una profesora y algunos estudiantes. Un estudiante, lleno de curiosidad, me preguntó: «Doctor Castor, ¿cómo ha evolucionado la arquitectura en México desde los años 60?». Con una sonrisa teñida de nostalgia, respondí: «En aquella época, la arquitectura solía limitarse a simples cajas de concreto, muy funcionales, pero no muy poéticas. Hoy en día, sus edificios se han convertido en verdaderas obras de arte, llenas de curvas, luz y creatividad. ¡Un gran avance!». La profesora, divertida, añadió: «Tomen la Biblioteca Central, por ejemplo. Es mucho más que un edificio. Es un fresco vivo de la historia mexicana. Juan O'Gorman la diseñó para narrar siglos de cultura a través de sus magníficos mosaicos coloridos».

Un estudiante, con orgullo apenas disimulado, me recordó: «¿Y el famoso mural de Diego Rivera en la facultad de medicina? Representa la medicina a lo largo de los tiempos, ¡es nuestro tesoro nacional!». Sonreí al recordar que, ya en mi época, ese mural estaba en su lugar, pero lo que más mirábamos no eran las frescas, sino los grafitis reivindicativos que adornaban otros muros de la universidad.

Mientras recorría la facultad, me di cuenta de cuánto había cambiado la ciudad universitaria, manteniendo siempre su espíritu creativo. La UNAM ha sabido conservar su alma vibrante y rebelde, incluso en medio de esta modernidad desbordante. Ha logrado, con elegancia, combinar la tradición con la innovación. ¡Un verdadero logro!

Al salir de la UNAM, desde nuestro autobús, pudimos ver el majestuoso Estadio Olímpico Universitario. Sus frescos en piedra, que fusionan armoniosamente el arte precolombino con una arquitectura moderna, dan testimonio de una época en la que la tradición y la modernidad convivían. Construido en 1952, este estadio emblemático no solo albergó los Juegos Olímpicos de 1968, sino que también representa un capítulo crucial de la historia de México.

De hecho, México fue el escenario de importantes convulsiones sociales. Diez días antes del inicio de los Juegos Olímpicos, el 2 de octubre de 1968, las fuerzas armadas mexicanas abrieron fuego contra manifestantes pacíficos reunidos en la Plaza de las Tres Culturas, en la tristemente célebre masacre de Tlatelolco. Los manifestantes, en su mayoría estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de otras universidades, protestaban contra los costos de los Juegos Olímpicos y la creciente represión bajo el régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El número de víctimas sigue siendo incierto, con estimaciones que van de 44 a 400 muertos, y más de 1,300 arrestos. Aunque la masacre sacudió a la nación, los Juegos Olímpicos se celebraron como estaba previsto, creando un contraste impactante entre la euforia deportiva y la tragedia nacional recién ocurrida. Este episodio nos recuerda que, incluso en momentos de celebración, la historia está a menudo teñida de contradicciones.

Dos días después de los eventos de Tlatelolco, un estudiante de ciencias sociales, apodado «El Chirrisco», siempre lleno de energía y al frente de todas las manifestaciones antigubernamentales, y buscado por la policía, encontró refugio en la azotea de nuestro edificio. Cuando la madre de Chucho, mi compañero de habitación, se enteró de la noticia, se asustó ante tal situación caótica. La señora Espinoza, temiendo por nuestra seguridad, decidió llevarnos fuera de la capital a su casa en Acapulco. La UNAM llevaba cerrada y ocupada por los militares dos semanas, por orden del presidente Gustavo Díaz Ordaz. ¡Qué sacrificio! Entre las playas paradisíacas y las siestas a la sombra de los cocoteros, nuestro "exilio" se parecía más a unas vacaciones improvisadas que a una huida. Al final, como dicen, la desgracia de unos puede convertirse en la felicidad de otros... sobre todo cuando esa felicidad incluye a chicas bonitas en las playas de Acapulco.

Llegamos a Tlalpan para un almuerzo memorable en el restaurante Arroyo, donde nos sumergimos en el corazón de la cultura mexicana. Este lugar es un verdadero laberinto de tradiciones culinarias. En este pintoresco y vibrante entorno, redescubrí un sabor de México que tanto había echado de menos: la barbacoa de borrego. Este cordero, asado lentamente en la barbacoa, envuelto en hojas de maguey y cocido al vapor durante horas, se deshacía literalmente en la boca. Pero la verdadera revelación fue el consomé de borrego: una sopa reconfortante, preparada con los jugos de la cocción del cordero, rica en sabores profundos y sutiles. Un verdadero néctar, como si todo México se hubiera destilado en esa cuchara.

Entre las carcajadas, los apasionados mariachis y las animadas conversaciones alrededor de la mesa, me di cuenta de lo lejos que esta experiencia superaba una simple comida. Fue una inmersión total en la hospitalidad mexicana, donde los sabores, la música y las tradiciones se mezclaban con tal armonía que cada instante se convertía en un momento para saborear. ¡Un festín para los sentidos, pero también para el alma!

Una noche escuchando a los mariachis cantar para los enamorados en la Plaza Garibaldi fue una experiencia verdaderamente cautivadora, casi mágica. Los mariachis, ataviados con sus elegantes trajes, se deslizaban de un grupo a otro, ofreciendo serenatas a las parejas bajo las estrellas. Cada canción, ya fuera alegre o melancólica, contaba una historia de amor, de pasión o de un corazón adolorido. Los violines vibraban, las trompetas se elevaban como en una ópera al aire libre, y cada nota parecía llegar al corazón de cada uno de nosotros, tocándonos profundamente. Revivir esos momentos me sumergió en una dulce nostalgia, como si una parte de mis años de estudiante regresara a la superficie.

Mi trayectoria académica en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y mi inmersión en la dinámica cultura mexicana me forjaron una disciplina intelectual y una curiosidad insaciable, que me abrieron las puertas del New York Medical College, donde me especialicé en obstetricia y ginecología. En Lafayette, Luisiana, mi carrera se construyó sobre esos sólidos cimientos y la influencia de mis años en México. Esto se refleja en mi enfoque integral de la medicina, donde siempre trato de ver a la persona detrás del paciente. Este enfoque humanista lo debo a mis apasionados profesores mexicanos, como el Dr. Trifón de la Sierra, mi profesor de Nosología Básica Integral, y el Dr. Luis Pérez Tamayo, mi profesor de Patología, entre otros. Mi compromiso con Haití surge de los valores que adquirí en la UNAM, que me inculcó la importancia de devolver a la comunidad y ser un actor de cambio social. Hoy, a través de la Haitian Resource Development Foundation (HRDF), pongo estas competencias al servicio del desarrollo de mi país de origen. La colaboración entre los MexHaitians, la UNAM y las instituciones mexicanas ofrece una oportunidad concreta para fortalecer los lazos entre México y Haití, centrándose en proyectos adaptados a las realidades haitianas, especialmente en las zonas rurales.

Uno de los proyectos más destacados sería la creación de una antena de formación médica a distancia. Este programa, basado en tecnologías modernas como los seminarios web y las videoconferencias, está dirigido a las regiones remotas de Haití, donde el acceso a los servicios médicos es extremadamente limitado. Este proyecto, inspirado en los éxitos de la UNAM en otros países como El Salvador, tiene como objetivo mejorar la calidad y el acceso a la atención médica en Haití, transfiriendo conocimientos médicos a las zonas rurales.

Paralelamente, iniciativas agrícolas mexicanas como "Sembrando Vida" podrían tener un gran valor para apoyar a los pequeños agricultores en las regiones seleccionadas de Haití, en colaboración con instituciones como Chapingo. Estos proyectos piloto tienen como objetivo promover prácticas agrícolas sostenibles y reforzar la resiliencia ecológica.

En resumen, estas iniciativas propuestas por los MexHaitians, en colaboración con la UNAM, representan oportunidades de desarrollo sostenible para Haití, aportando soluciones concretas a los desafíos locales mientras se fortalecen los lazos culturales y académicos entre ambos países.

Para culminar nuestro peregrinaje mexicano, los MexHaitians asistimos a una representación del Ballet Folklórico de México en el majestuoso Palacio de Bellas Artes. Esta joya arquitectónica, que combina armoniosamente el art déco en su interior y el art nouveau en su exterior. Pero antes de disfrutar del espectáculo, mi espíritu científico se despertó. Sentí esa irresistible necesidad de comprobar si el palacio se había hundido un poco más desde mi última visita a finales de los años 1960. Con un edificio tan pesado, sabemos que se hunde poco a poco sobre sus cimientos. Lamentablemente, no tuve la previsión de marcar la base para hacer una comparación científica. Lo dejaré para la próxima vez. ¡Rigor científico obliga!

En el interior, fue un verdadero espectáculo de colores, ritmos y tradiciones. El Ballet Folklórico ofreció un espectáculo cautivador, con una serie de danzas regionales, cada una más vibrante que la anterior. Entre el famoso Jarabe Tapatío, la célebre danza del sombrero mexicano y la mística Danza del Venado, con sus rituales ancestrales, me encontré transportado a través de los tiempos y las culturas de México. Los brillantes trajes, la música en vivo de los mariachis, todo se fusionaba en un espectáculo mágico. Un espectáculo, sí, pero también un viaje en el tiempo, donde incluso la impecable acústica del palacio parecía resonar con nuestros recuerdos, envolviéndonos en una dulce y vibrante nostalgia.

Volver a México y reencontrarme con la UNAM avivó en mí una inmensa gratitud por este lugar donde tanto aprendí y crecí. Más que una simple institución, la UNAM es un verdadero hogar de ideas y recuerdos. Encierra la riqueza cultural, la apertura de mente y la excelencia académica que moldearon una gran parte del hombre que soy hoy.

Hago un llamado a las jóvenes generaciones de haitianos y a todos aquellos que, como yo, tuvieron la oportunidad de forjar vínculos con esta maravillosa nación. Seamos puentes entre nuestros dos países y abramos juntos nuevos caminos de esperanza y progreso. Y quizás algún día, regresen aquí, con el corazón lleno de nostalgia, listos para compartir anécdotas sobre la querida UNAM... ¡alrededor de un taco al pastor bien merecido!

Aldy Castor MD, MexHaitians

Haitianos y Mexicanos Juntos, Sembramos la Vida y Cosechamos la Salud

De la Montaña al Mar - «La energía de nuestros dos pueblos forjará nuestro destino»

9 de octubre 2024